

La dueña del hotel nos preguntaba, ¿qué sucedía en los boulevards?

Y nosotros, con frases entrecortadas, le contestábamos:

—Nada... nos iban,... á... á matar. En este momento, corre... á torrentes la... la sangre....

—¿Pues qué ha sucedido? insistió la señora.

—Que han degollado seguramente á medio pueblo de Paris, lo mismo que Napoleon III lo ametralló otra vez; ¿recuerda usted? dije yo á la señora.

—¡Ah! exclamó la misma, Dios nos salve y no vengan aquí esos desalmados.

Cuando hubo pasado como media hora y que ya no se oía ruido alguno en la calle, se abrió la puerta del hotel y Guerra y yo nos aventuramos á salir nuevamente, sacando primero las cabezas y tendiendo la vista en seguida á la esquina del boulevard Montmartre para ver si había tropas ó algun otro tumulto.

Cuando nos cercioramos de que todo

estaba tranquilo, avanzamos finalmente con alguna confianza para ir á ver los montones de muertos que habrían quedado hacinados en las calles y.... ¿cuáles piensas, María, que fueron éstos? los centenares de mesas volcadas de los cafés, los millones de tientos de los platillos y tazas, de los vasos y copas que contenían el café, los vinos y refrescos que tomaba la concurrencia tranquila cuando la multitud invadía los boulevards.

Y.... no te rías, María, de lo que voy á decir: las bayonetas que nosotros y la multitud asustada creíamos que venían calando las tropas para degollar al pueblo, no fueron otra cosa que el ruido que hacían al caer los vasos, y copas, botellas y cuanto cristal y trastes de porcelana yacía sobre las mesas que, empujadas por la gente que huía, caía sobre las losas produciendo el crujido de muchas bayonetas.

En esta faena, los pobres dueños de los cafés fueron los que salieron fallidos porque sufrieron una enorme pér-

dida con la quebrazon de su loza y los refrescos derramados en tierra y no pagados por los que los gustaban y tuvieron que huir del peligro.

¡Vaya! los despojos del combate se veían sobre las losas de la banquetta regada de vino, helados y café, brillando á la luz del gas los mil millones de pequeños fragmentos de cristal y porcelana que fueron los verdaderos muertos.

Guerra y yo reíamos alegremente y casi nos veíamos avergonzados de nuestro miedo y del ridículo engaño de que habíamos sido víctimas, creyendo como artículo de fé que la emperatriz Eugenia h abiadescubierto la conspiracion de los republicanos y los habia mandado degollar; confundiendo con ellos al pueblo que entusiasta corria al Hotel de Ville en demanda de fusiles para batir á los prusianos.

Ahora, amiga mia, desearás saber ¿cuál fué la causa del gran desórden que ocasionó tanta pérdida á los dueños de cafés y de otras mercancías y del

susto que llevamos los que nos paseábamos en los boulevards? Pues esa causa fué muy sencilla y la provocó la misma multitud que se dirigia al Hotel de Ville; porque al verla el jefe de policia, envió unos gendarmes para que reparciera unos cuantos cintarazos á la cabeza de la columna y ésta, al retroceder, difundió la alarma á los que iban mas atrás, que ignorando lo que pasaba, dieron en huir por el camino que habian traído y los de mas atrás creyeron que se trataba de un degüello y á su vez lanzaban gritos desesperados que generalizaron la confusion y se difundió el terror y la creencia de que se trataba de una matanza.

En las noches subsecuentes y paseándonos en estos ú otros boulevards, acontecian alarmas un poco semejantes á la mencionada, á causa de tumultos ó de noticias siniestras de la guerra, pero la gente estaba ya desengañada y no se intimidaba fácilmente; nosotros nos divertíamos y paseábamos por todas

partes mirando los preparativos que se hacían para esperar á los prusianos.

Una mañana, poco despues de haber salido á la calle, nos sorprendió al señor Guerra y á mí la inusitada alegría de los habitantes de Paris: en carruajes, llevando banderas, cantaban algunos la Marsellesa, manifestando un entusiasmo sin límites; algunas músicas recorrían las calles mas céntricas, llevando bandadas de gente; en otras, simples pelotones conducían la bandera vitoreando á la Francia y por todas partes se veían demostraciones de contento.

Preguntando nosotros qué era lo que motivaba aquel regocijo, nos contestaron unos franceses; que se había obtenido un gran triunfo sobre los prusianos, que probablemente, las tropas que habían sobrado en la batalla, regresarian á Prusia y quedaria terminada la guerra, si no era que los franceses seguirían hasta Berlin para pedir indemnización.

—Hasta que se les hizo una á los franceses, dijo el señor Guerra; ahora sí vuelven á ser quienes han sido.

—¡Quién sabe! contesté yo; desconfío algo de la noticia del triunfo.

—Hombre, repuso Guerra; no era posible que se expusieran á un chasco con hacer estas demostraciones; deben estar seguros de la verdad.

—Ojalá y así sea; pero como sabe usted lo que se miente en estos casos, no sería difícil que esta buena noticia saliera borrego.

Por desgracia de los franceses salió lo que yo decía, porque en la tarde se fijaron unos papeles en los lugares mas públicos, en los que la Regencia decía: "que moderaran su alegría los parisenses, pues por desgracia no era cierto que el ejército francés había triunfado en el campo de batalla, sino que al contrario, tenía que lamentar un revés."

Este desengaño fué aún mas cruel para los habitantes de Paris, porque si no hubieran recibido la buena noticia de la mañana, no se habrían hecho ilusiones, ni puesto en evidencia solemnizando un triunfo ficticio.

Por consiguiente el malestar conti-

nuó peor que ántes; las noticias seguían funestas y los prusianos se aproximaban á Paris á marchas forzadas.

El gobierno seguía publicando decretos para que salieran de Paris las bocas inútiles, porque sólo debían quedar en la plaza los ciudadanos que tomaran las armas.

Bazaine estaba encerrado en Metz y por mas salidas que intentaba, le era imposible, atendida la muralla de hierro que lo cercaba.

Cuando, ¡oh golpe terrible para la Francia! se dió la gran batalla de Sedan, en la que quedaron prisioneros ¡Napoleon III, cuatro mariscales, tres mil y tantos jefes y oficiales, cuatro mil piezas de artillería y ciento setenta mil soldados!

¡Extraordinaria derrota que no se había visto igual en los tiempos modernos!

¡Quedaban agotadas las fuerzas del imperio!

¡Estaba conquistado en ménos de dos meses el territorio francés!

¡Terminó el imperio y con él hasta su sombra!

Entónces apareció la República, radiante, aunque con el invasor en camino para la capital.

En efecto, hace pocos dias que yendo á pasearme por la rue de Rivoli, alcancé á divisar una inmensa multitud que cubria la plaza de la Concordia; llegaba hasta el Cuerpo Legislativo y se extendía hasta la Magdalena y los Campos Eliseos.

Todo aquel concurso esperaba la decision de la junta y que del gran edificio saliera la República proscribiendo al imperio.

Formé yo parte de la multitud y á poco se pronunció solemnemente esa palabra que la muchedumbre repitió con una gran voz que se hizo oír en los ámbitos de la capital, y mas tarde en toda la Francia.

Algunos se retiraron de allí moviendo la cabeza y diciendo entre dientes: «no es la forma republicana la que ha de salvar á la nacion francesa; sería ne-

cesario que tuviera á la cabeza un Danton, un Robespierre."

¿Serian estos unos imperialistas que lamentaban la caída de la dinastía napoleónica ó algunos republicanos *pur sang*?

Los miembros del nuevo gobierno comenzaron á trabajar con actividad; Fabre y Tiers salieron á negociar con el enemigo; pero, ¿qué habian de conseguir, cuando éste habia formulado su intencion de penetrar hasta el corazon de la Francia, cuando el dedo de Dios habia marcado el hasta aquí de los excesos de sus mandatarios?

Ya desde este momento los males del pueblo francés se empeoraron, si podian empeorarse mas de lo que estaban.

Como los prusianos se acercaban ya á los pueblos que circundan á Paris y muy pronto debian llegar á Versalles, los habitantes de esas poblaciones y de las aldeas, comenzaban á tomar iglesia en la capital.

Desde las cinco de la mañana á las

doce de la noche, obstruían las calles grandes pirámides movibles de muebles, utensilios de cocina, camas, animales domésticos y el jefe de una familia rodeado de su esposa, de su prole y hasta de la abuela, que en un enorme carro de cuatro ruedas, venian huyendo del enemigo de la patria y buscaban asilo en la ciudad.

Cuadros verdaderamente desgarradores ofrecian á la vista esas pobres familias, que si escapaban del enemigo, no se librarian del hambre que las atosigaria en Paris, en caso de sostener un sitio porfiado.

Unos tras otros entraban estos carros á la ciudad ofreciendo distintos espectáculos á cual mas desgarradores; mezclados venian los carros de provisiones, que, los que los veian, aseguraban que Paris tenia víveres para un año; pero no contaban con la inmensa poblacion que se hacinaba. Entre esta procesion de entrantes, se mezclaban los coches y otros vehículos que conducian á los viajeros que, contentos con su equipaje,

creían librarse del incendio de Sodoma y, en efecto, no volvían la cabeza atrás sino hasta que llegaban á la estación del los ferrocarriles.

Los ejercicios de armas continuaban en las plazas y calles á toda hora, y algunos días salían á engrosar el ejército, millares de voluntarios que iban con su blusa plomisa ceñida de un cinturón negro, gorra ó cachucha de paño.

Salían, digo, muy contentos, llenos de entusiasmo, creyendo tal vez que iban á vencer á los prusianos, llevándose una esperanza de cada uno de los que los veían. Pero ¿qué habían de hacer ellos, pobres comerciantes, artistas ó artesanos, que hacía poco habían dejado la vara de medir, la paleta ó el formón, cuando los ejércitos disciplinados, vencedores en cien batallas, habían sucumbido al plomo de los prusianos y á la mortífera metralla de sus krups?

Cada soldado de estos iba á dejar los huesos al campo, porque ¿quién escaparía á la granizada compacta de medio millón de proyectiles?

Metz había caído también; la Lorena y la Alsacia sucumbieron mucho antes: dos Departamentos que antes de Luis XIV habían pertenecido á la Alemania, volvieron á sus antiguos poseedores; ¡designios de la Providencia!

¿Recuerdas, amiga mía, que esos Departamentos tienen su representación en dos estatuas que forman línea con las demás en la plaza de la Concordia?

Pues bien, esas dos efigies son hoy la admiración de los franceses; especialmente la Lorena.

Al llegar yo una de estas mañanas frete á ésta, quedé admirado de los muchos buqués que adornaban el pedestal y de las mil coronas que cubrían la estatua; se veían asimismo una infinidad de poesías impresas y manuscritas; pero lo más conmovedor y lo que me hizo llorar verdaderamente, fué ver algunos franceses que con ojos lacrimosos y las manos enclavijadas, elevaban preces á la estatua como podrían hacerlo á la madona más milagrosa. Al ver este tierno espectáculo, casi sen-

tí haberme alegrado de sus primeras derrotas y deseaba que no hubiera llegado este pueblo á situacion tan deplorable, abandonado de todo el mundo, riendo las demas naciones de su desgracia y contemplando impasibles su último fin.

¡Ah! qué caras pagan tambien sus aberraciones los pueblos que, como el francés, se lanzan á ese camino aventurero de las conquistas! Las naciones, colectivamente, son como el individuo que se aparta del camino de la justicia: tarde ó temprano recibe el castigo de sus crímenes.

La francia lanzó sus huestes al otro lado de los mares para sojuzgar á un pueblo que no le habia hecho mal alguno y la Providencia tenia ya señalada á la Prusia para castigarla. Que aprendan los tiranos.

Sin embargo de llevar en Paris una vida vagabunda, no me fastidiaba; ¡ya se ve! tantas peripecias, tantos episodios trágicos y conmovedores, era imposible que dejaran adormecer el al-

ma mas indiferente, y mas la mia tan inquieta, tan desmesuradamente ávida de emociones y curiosa en último grado.

Como Paris es tan grande, esto hace que siempre sea nuevo para mí, porque diariamente recorro nuevas calles, nuevas situaciones y siempre encuentro novedades que me sorprenden y no dan lugar á que se apodere de mí el fastidio por la ociosidad en que vive.

Es probable que pronto deje yo á Paris, supuesto que los prusianos se acercan ya demasiado y se han comenzado á cerrar las estaciones de los ferrocarriles y no quiero que me sorprenda la clausura de la última y me quede encerrado en esta ciudad á sufrir las emergencias del sitio.

Voy á disponer mi viaje, que probablemente será para España, y de ella ofrezco escribirte la siguiente para contarte mis últimas impresiones de Paris.

Adios, amiga mia.